

# Cuba, encrucijada de vida y esperanza

## *Con motivo de la visita del Card. Bernardin Gantin a Cuba*

Del 9 al 12 del pasado mes de julio, el cardenal Bernardin Gantin, prefecto de la Congregación para los obispos y presidente de la Comisión pontificia para América Latina, visitó Cuba.

En 1978 el cardenal Gantin, entonces presidente de la Comisión pontificia «Justicia y paz», había visitado la mayor de las Antillas y, en una gran celebración tenida en el santuario nacional de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, hizo la proclamación pública de la declaración de dicho templo como basílica menor por el Papa Pablo VI.

En esa ocasión visitó el purpurado todas las catedrales del país, celebrando la santa eucaristía en medio del entusiasmo de miles de católicos que lo acogieron con emoción.

Después del inicio del gobierno revolucionario, el 1 de enero de 1959, ésta era la primera visita de ese rango que recibía la Iglesia en Cuba. Una Iglesia que había vivido, en fidelidad a Cristo y al Papa, las grandes transformaciones políticas, sociales y económicas que configuraron desde entonces la vida de todos los cubanos. Aquellos fueron cambios no exentos de sufrimientos, pues la rapidez y la radicalidad de los mismos trajeron consecuencias dolorosas para la Iglesia, que vio disminuido drásticamente el número de sacerdotes y religiosas, quienes salieron del país al quedar suprimida la educación católica

de sacerdotes tuvo que abandonar el país bajo presión de las autoridades. Incomprensiones, distanciamiento y aun enfrentamientos se produjeron entre las autoridades de la nación y la Iglesia. Se inició y no dejó de aumentar el éxodo de cubanos hacia Estados Unidos y otros países, y entre ellos muchos católicos. El ateísmo se hizo presente en la vida nacional y entró en los programas escolares y el fenómeno religioso parecía ser ignorado totalmente en los medios oficiales.

Todo esto produjo en los católicos una sensación grande de aislamiento, llegándose en algunos casos a la exclusión de los cristianos fieles, que se vieron reducidos al culto en sus propios templos.

Esta Iglesia, enquistada por necesidad, vuelta sobre sí misma, que mantenía una pastoral de conservación de lo que aún le quedaba, fue la que supo descubrir en su primera visita a Cuba el cardenal Gantin, detrás de aquellos aplausos que fueron a la vez expresión de comunión y desahogo de corazones ansiosos de manifestar su fe católica.

Diecisiete años después, el cardenal retorna a Cuba y encuentra otra vez entusiasmo en la multitud que lo saluda en las catedrales de Cienfuegos y de La Habana, pero la espontaneidad y la juventud de los participantes, las conversaciones que sostiene con sacerdotes, religiosas y con no pocos laicos, le descubren una Iglesia diferente a la que él había conocido.

Los dos días de reunión con la Conferencia episcopal cubana, ampliada ahora en el número de sus obispos, le revelan también al cardenal Gantin una iglesia renovada, ocupada en tareas que tienen que ver tanto con la preparación del tercer milenio del cristianismo, como con la asistencia humanitaria de Cáritas; con propuestas de planes de desarrollo social de agencias

internacionales de ayuda, o con la necesidad urgente de personal cualificado, sacerdotes, religiosas y religiosos que puedan responder a los reclamos de un número creciente de cubanos que se acercan a la fe de la Iglesia.

Se trata de una Iglesia dinámica, que ha establecido catecumenados para niños, jóvenes y adultos, los cuales solicitan los sacramentos de la iniciación cristiana y deben ser preparados convenientemente. La de Cuba es una Iglesia misionera, que habla de cómo se ha organizado, con la activa colaboración de los laicos, la celebración de la fe en casas de familias católicas en los barrios, pueblos y caseríos sin iglesia; que está preparando, por medio de la nueva comisión episcopal «Justicia y paz», programas sobre doctrina social de la Iglesia para impartirlos en las parroquias. En estas tareas y en las más diversas funciones eclesiales, es notable la participación de los laicos.

¿A qué se debe este nuevo modo de actuar y de proyectarse la Iglesia en Cuba? Durante estos años, más de tres décadas, la Iglesia en Cuba fue capaz de perseverar en su misión propia. Un grupo reducido, pero abnegado y fiel, de sacerdotes, religiosas y religiosos han trabajado con ahínco cuando la situación de la Iglesia no les prometía ningún consuelo humano. Los laicos cristianos, con madurez y en total comunión con sus pastores, han sabido asumir compromisos eclesiales muy variados, mientras daban testimonio de su fe en Cristo y de su pertenencia a la Iglesia en su medio laboral, profesional y social.

El decurso del tiempo ha visto reafirmarse así una Iglesia que ha permanecido siempre la misma en cuanto a su mensaje de amor y de paz, su deseo de servir a los más necesitados y su anuncio del reino de Dios. Esto en medio de los grandes cambios políticos mundiales que han repercutido internamente en Cuba, haciendo que las condiciones materiales del pueblo se volvieran más

críticas y que se pongan en duda los métodos económicos empleados anteriormente y aun la misma validez de las doctrinas que los sustentaron.

A la perseverancia de la Iglesia se ha unido así un cierto cambio de mentalidad en el pueblo cubano, que parece actuar ahora con mayor independencia, dejando a un lado los postulados absolutos para abrirse a nuevas posibilidades, donde los hombres y mujeres, especialmente los jóvenes, puedan hallar un sentido total a su vida. La fe católica es una de esas privilegiadas opciones. La Iglesia ha tomado conciencia de que éste es su gran desafío pastoral en la hora presente.

Pero es justo decir también, y éste es un factor a tener en cuenta, que a partir de la década de 1980 se acentúa una distensión en las relaciones del Estado con la Iglesia en Cuba. En el año 1986 el Encuentro nacional eclesial cubano (ENEC), que sentó las bases del quehacer de la Iglesia para estos últimos diez años, no encontró obstáculos para su celebración y la Iglesia ha podido desarrollar el programa que se trazó en el ENEC sin mayores dificultades. La Conferencia de obispos católicos de Cuba se apresta a celebrar el próximo año, con jornadas de reflexión proyectadas hacia el futuro, el décimo aniversario de aquel histórico evento.

Como signo eclesial de gran importancia en este período de crecimiento y renovación de la Iglesia ha sido interpretada por los católicos y por muchos otros cubanos la designación que hizo el Papa Juan Pablo II de un cardenal cubano en la persona del arzobispo de La Habana, monseñor Jaime Ortega y Alamino.

Si bien los medios de difusión en Cuba no se hicieron eco de la importante noticia, el Gobierno facilitó la peregrinación a Roma de 250 católicos cubanos que estuvieron presentando el 1

consistorio y el nuevo cardenal fue recibido en el aeropuerto por los más altos funcionarios de la Oficina de asuntos religiosos del Gobierno y por miles de personas que le tributaron una cálida bienvenida.

El nombramiento del cardenal Ortega contribuirá, seguramente, a fomentar un clima de respeto y de tolerancia en las relaciones del Estado con la Iglesia en Cuba. Él cuenta, para eso, con la fraterna colaboración de la Conferencia de obispos católicos de Cuba y con la estrecha unidad de la Iglesia en esa nación.

Los obispos cubanos, durante todos estos años, han sido auténticos maestros de la fe, actuando con entereza y discreción. En sus cartas pastorales y otros mensajes han sabido hallar un lenguaje claro, firme y digno, que muestra, a veces con sencillez, la profundidad de su pensamiento. Esto se descubre en el volumen recientemente publicado por la Conferencia de obispos católicos de Cuba bajo el patrocinio del CELAM con el título: *La voz de la Iglesia en Cuba*. Ahí encontramos cien documentos episcopales de los obispos cubanos de este siglo que son una muestra de lo que acabamos de decir.

Este modo de proclamar el mensaje de justicia, de paz y de reconciliación que Cristo ha confiado a su Iglesia, se hace presente también en las homilías y discursos pronunciados por el cardenal Ortega en sus visitas a todas las diócesis de Cuba y a las comunidades católicas de cubanos que viven en Venezuela, Puerto Rico y Estados Unidos. El conjunto de sus palabras constituyen una catequesis sobre la primacía del amor cristiano en la vida personal y social y deben abrir caminos de acercamiento y comprensión entre todos los cubanos dondequiera que se encuentren.

Al contemplar el panorama actual de la Iglesia en Cuba parece que han quedado atrás las grandes dificultades de otra época y que se abre a los católicos cubanos un camino de esperanza. Esto no quiere decir que todo es ya color de rosa para los católicos en Cuba; no lo es tampoco para el verdadero cristiano en otras partes del mundo. Permanecen todavía zonas no accesibles al apostolado y a la acción pastoral. La Iglesia en Cuba aspira a tener sus propios centros de educación para los niños y jóvenes católicos. Así lo recordó una vez más el cardenal Ortega al recibir el título de doctor honoris causa en la Universidad floridana de Santo Tomás. La Iglesia quiere hacer uso de los medios de comunicación social y necesita medios propios de impresión y, sobre todo, debe continuar, durante algunos años, recibiendo la ayuda solidaria de Iglesias hermanas, especialmente de América Latina, con la cual pueda suplir la falta de sacerdotes, religiosas y religiosos, a fin de cumplir la misión que le es propia: anunciar el Evangelio a toda criatura.

En este aspecto se ha otorgado desde hace algún tiempo una mayor facilidad por parte del Gobierno cubano para la entrada de religiosas al país. últimamente se ha concedido también la autorización para ejercer su ministerio en Cuba a varios sacerdotes y han comenzado a llegar algunos religiosos. Aunque el número es aún insuficiente, puede avizorarse que esta tendencia continuará en el futuro próximo.

Estos cambios en el tratamiento a la Iglesia son parte de otros cambios que en la esfera económica y social vienen produciéndose en Cuba. La situación general del país requiere con urgencia grandes transformaciones y, aunque éstas parecen haber comenzado ya en pequeña escala, las carencias de todo tipo siguen afectando a la población. En varios documentos los obispos de Cuba han rechazado las medidas económicas que,

esfuerzos de Cáritas Cuba par obtener ayudas internacionales en medicamentos y alimentos esenciales han tenido un éxito moderado, pues, aunque se van haciendo progresos en este campo, las autoridades tienen dificultades en aceptar que Cáritas tenga sus propios proyectos y se encargue directamente de la distribución de las ayudas.

En éste, como en otros aspectos de la vida eclesial, se han dado ya pasos consistentes y se espera que el trabajo de asistencia y ayuda pueda seguir desarrollándose siempre con mayor autonomía por parte de los organismos de la Iglesia.

En general, la Iglesia se ha hecho en los últimos años más presente en la vida del pueblo cubano, realizando la misión que la identifica históricamente en cualquier lugar: enseñar la verdad con fidelidad a Cristo y a su Evangelio, decir su palabra profética, que a veces es crítica de algunas situaciones, pero que se abre siempre al amor y a la esperanza; ayudar al necesitado, promover la reconciliación; propugnar los valores perennes que están contenidos en el Evangelio, procurar la justicia y la paz.

La aceptación de la Iglesia, con su propia misión y sus características de servidora de la verdad, de la justicia y de la paz, puede ser un cambio significativo, aunque incipiente, por parte del Gobierno cubano.

La presencia del presidente Fidel Castro en la nunciatura apostólica de La Habana con motivo de la recepción por la fiesta del Papa y con ocasión de la visita del cardenal Gantin, pudiera tener, entre otros, este significado. Allí saludó al cardenal Ortega y a los demás obispos de Cuba, con quienes conversó privadamente más de media hora. Después hizo un aparte con el cardenal Gantin y por último compartió con los asistentes, entre ellos algunos sacerdotes y religiosas. Con un anciano sacerdote,

que fue su propio profesor de primaria en el colegio de La Salle, recordó sus tiempos de escolar.

Puede pensarse que esta visita tenga también un valor de signo para el futuro inmediato y que la Iglesia en Cuba siga ampliando su acción pastoral, cada vez con un número mayor de sacerdotes, religiosas y religiosos, siempre más respetada en los campos de su misión caritativa, de promotora de la justicia y de la paz.

El viaje del cardenal Gantin nos deja una visión actualizada de la realidad cubana, donde algo ciertamente cambia, y en medio de la cual la Iglesia se yergue como un faro de esperanza.

La ansiada visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, esperada desde hace años por los católicos de ese país y por gran parte del pueblo cubano, podría convertir muchas de las expectativas de hoy en realidades concretas. Mientras tanto, la Iglesia continúa orando insistentemente para que el Santo Padre pueda besar la tierra del único país latinoamericano que no ha visitado aún. El cardenal Gantin también pudo palpar que esta súplica de la Iglesia en Cuba, está llena de esperanza.